

LA PRIMAVERA

Renovación espiritual

La primavera nos habla de Dios

“¿Qué es la primavera en el orden de la naturaleza?”

Es la época de año en la cual Dios produce la renovación de la vida vegetal y, con esta renovación, prepara los frutos que esa misma naturaleza nos va a dar para servirnos a los hombres. La intención de Dios es hacer que la tierra cumpla esa primera misión de servir a nuestras necesidades temporales.

La segunda misión de la naturaleza es la de mostrarnos a Dios, el fin último.

Dios podría haber tenido una infinita gama de posibilidades de producir frutos sin pasar por las flores, esas cosas que son tan lindas pero necesarias sólo porque Dios actualmente ha ordenado las cosas de esa manera. Se podría ir al fruto y se podría ir a la reproducción sin necesidad de pasar por las flores lindas.

Incluso, Dios podría haber hecho su presencia detrás de la naturaleza en primavera todavía más evidente por otro camino que hubiera sido menos estético y, tal vez, más espectacular. Supónganse ustedes que de golpe las plantas con las ramas secas, de repente, al día siguiente, produjeran frutos. Nos llamaría más la atención. Veríamos mucho más la mano de Dios detrás de eso.

Pero Dios quiso pasar por las flores, pasar por las hojas tiernas, pasar por el canto de los pajaritos cuando empiezan a revivir en primavera, pasar por la brisa, pasar por el sol tibio, pasar por el frescor de la mañana y del atardecer.

¿Por qué? Porque Dios no sólo quiere darnos bienes sino que, además, quiere darnoslos con elegancia, dándonos la añadidura de su sonrisa. Si hay algo que proclama la primavera es el gusto con el cual Dios quiere alimentarnos, agradarnos, complacernos cada año.

Ustedes saben que también nos complace en el otoño, en el invierno y en el verano, y cada estación tiene su propia belleza. Pero en primavera todo es sonriente.

Dios es amor, dice san Juan, amor de benevolencia, amor que quiere y quiere beneficiar, enriquecer, perfeccionar. Dios es amor así: magnánimo, grande y, a la vez, fino, noble, delicado, sonriente, elegante.

Qué bien sabe dar Dios...

Nos olvidamos que está Él detrás de la naturaleza al hacer las cosas tan paulatinas, tan paso a paso, que nos parece perfectamente natural y estamos seguros que esa planta va a ir reverdeciendo y floreciendo, y se lo atribuimos a la planta. Tanto esconde la mano y tanto nos agrada y nos hace casi quedarnos en nosotros, en nuestro gusto cuando nos da.

¿Por qué no vamos a ser nosotros así con Dios y como Dios?

Imitemos a Dios en su amor, recibamos de Él la participación en su amor, volquemos ese amor a los hombres, y así se lo devolveremos a Él... Pero, ¿por qué no nos proponemos devolvérselo a Él y darlo a los demás siempre con una flor, con la flor de la alegría, con la flor de la sonrisa, esa alegría de la sonrisa elegante que quita importancia a lo que estamos dando?” (*Octubre*, 1969).

La Virgen

“No se puede hablar de primavera sin hablar de la Virgen: flor, belleza, plenitud de vida, plenitud de fecundidad. Y para nosotros, en el hemisferio sur, el comienzo de primavera es proximidad del mes del rosario y, en ambos hemisferios, la plenitud de primavera es el mes de la Virgen: noviembre en el hemisferio sur y mayo en el otro” (*Septiembre*, 1968).

"Si la flor es lo más lindo que produce la naturaleza vegetal, la Virgen es lo más lindo que ha producido la naturaleza humana en todo orden. Si la flor nos preanuncia el fruto, la Virgen nos preanuncia el fruto que es Jesucristo. Si el fruto es nuestro alimento y va a significar el pago de nuestros esfuerzos, Jesucristo va a ser nuestro alimento y va a significar la satisfacción más plena de todo lo que nosotros hayamos hecho.

Dios nos regala las flores del campo en primavera y nos hizo el regalo más estupendo por medio de la Virgen, por toda su belleza espiritual en sí y, sobre todo, el fruto que nos traía detrás y dentro de Ella: Jesucristo. Como la flor del naranjo o como la flor del durazno que nos traen el anuncio del fruto. Cuando yo veo el sentido de imagen, de preanuncio, que tiene la flor en el mundo con respecto a la Virgen, le veo mucho más sentido, la aprecio mucho más, valoro mucho más su perfume, y su color me es mucho más íntimamente placentero y mucho más capaz de hablarme y de moverme de lo que era antes. Ganó muchísimo la flor con esa relación. Y cuando a la Virgen la relaciono con la flor, tengo la ventaja de estar mucho más fácilmente recordándola a Ella a propósito de todas las cosas, y la Virgen gana en presencia en el mundo, en presencia en nosotros con esa relación y, así, esa analogía nos permite más fácilmente agradecer y amar, además de valorar más a Dios.

Entonces, si Dios nos da esas flores tan lindas, si Dios nos da a Jesucristo, a la Virgen, y detrás de las flores los frutos, y detrás de la Virgen a Jesucristo, ¿cómo no lo vamos a amar a Dios con una gratitud mucho más profunda?

Y, finalmente, si tenemos un poquito de nobleza, la naturaleza en primavera y la Virgen son capaces de tocar nuestras fibras mejores y suscitar en nosotros, en consecuencia de esa valoración de lo que Dios nos da, nuestro deseo de pagar también con nuestras propias flores que naturalmente son espirituales” (*Noviembre*, 1965).

La mujer

“Es innato en la mujer el amor de benevolencia, el de hacer bien. Y Dios ha puesto en la mujer -como flor de eso- las ganas de agradar que, si están bien usadas, constituyen el magnífico complemento, el toque final del dar: dar con una sonrisa, dar sin demostrar para nada que nos cuesta desprendernos de lo que estamos dando, dar sin demostrar que nos cuesta dar, dar sin mostrar que no pensamos en nuestro futuro o en lo que resulte para nosotros de ese dar.

Es mejor dar que recibir... A todos los respectos eso es verdad.

Filosóficamente hablando porque el dar es potencia activa, mientras que el recibir es potencia pasiva, y la potencia activa perfecciona más que la potencia pasiva.

Teológicamente, también es verdad porque de suyo el amor de dar es un amor de desprendimiento, de beneficencia y, el de recibir, de suyo, aunque sea ordenado, es de concupiscencia.

Eso es verdad psicológica y sociológicamente porque el que va al prójimo a recibir muchísimas veces se ve frustrado porque el prójimo no le da lo que él espera. El que va al prójimo siempre a dar, como el dar siempre está en su mano -será un objeto, una palabra, una sonrisa, atención, paciencia, tantas cosas podemos dar- siempre lo tenemos en nuestras manos. Entonces, nunca quedamos frustrados, cuando vamos al prójimo obtenemos lo que buscábamos que era dar.

Si el prójimo nos paga mal o no nos paga, no importa, no esperábamos. Si el prójimo nos paga bien nos alegra doblemente porque es una yapa, una yapa inesperada: conseguimos lo que buscábamos más lo que el prójimo nos dio.

Si dando nos perfeccionamos más, ¡cómo no vamos a dar con alegría!

La mujer, que da por amor y en virtud del amor que tiene en el corazón que le desborda, se siente feliz al dar... la felicidad le brota en los ojos que brillan o en la sonrisa... ¿Cómo esa mujer no va a ser feliz?

Y, además, sabe que está dando por un amor que es el de Jesús que ha tomado posesión de ella para expresarse hacia afuera y, también por la fe, sabe encontrarlo a Jesucristo en ese prójimo a quien da. ¿Cómo esa mujer no va a sentir alegría de darle a Jesucristo que se halla dentro y detrás de esa cara más o menos agradable, de esa conciencia más o menos limpia, de esa actitud más o menos agradecida? ¡Qué importa... si detrás está Jesucristo lleno de amor y Él sí que es agradecido!" (*Octubre*, 1969).

La renovación de la vida espiritual

"La renovación de la vida en el orden natural que es la primavera es una magnífica incitación para la propia *renovación de la vida sobrenatural* en nosotros mismos.

Y si el orden de la gracia muestra a Dios de un modo infinitamente más perfecto que el orden de la naturaleza, si es tan espléndida la eclosión de demostración de Dios que hace la naturaleza en primavera, ¡cuánto más espléndida debe ser la eclosión del mundo de la gracia en nuestras almas!

Cuando comienza el buen tiempo y el sol sale radiante y en las montañas comienzan a derretirse las nieves, ¿por qué no usar la primavera para derretir todo hielo, quitar todo frío de rutina, de cansancio, de exceso de ocupaciones, quizá de propia tibieza, para derretir así ese frío que puede obstaculizar nuestra relación con Jesucristo y obtener una relación más madura linda y fructuosa con Él?" (*Septiembre*, 1968)

“En definitiva, podemos sacar de eso no sólo descanso, no sólo reposo frente a nuestro cansancio sino, además, verdadera renovación, una verdadera renovación espiritual.

La naturaleza está cansada del invierno y, sin embargo, se levanta con la belleza de sus flores y produce su mejor fruto. Y nosotros también, cansados del invierno, de nuestro trabajo del año debemos rejuvenecernos, readquirir una belleza espiritual especial y ser capaces de producir los mejores frutos.” (*Noviembre*, 1965).